

7 noviembre 1914

O. C. tomo X



Pequeña confesión clínica

Voy á ser cínico una vez más, exponiéndome á que una vez más se me tome por hipócrita. Porque lo que voy á decir en esta nueva confesión pública no ha de convencer, estoy de ello seguro, á la legión de los inficionados de politicismo que tienen de la ambición un concepto muy estrecho, y yo me permito creer que mezoquino.

Me han dicho que se me acusa de egoísmo — no de egotismo, pues de esto yo mismo me confieso — por no haberme puesto al frente de mis discípulos y amigos, que me lo pedían para yo no sé qué acción política y social. Por lo visto, había quienes querían que me convirtiese en un caudillo más de una nueva bandería, y yo no sé si de ello esperaban que con el tiempo les proporcionase credenciales de senadores, diputados á Cortes ó cualquiera provinciales, y concejales, y acaso prebendas y sinecuras retribuidas. Mas por lo menos, que cumpliese no sé qué acción social distinta de la que he cumplido y cumplo.

Nunca he participado de la tan vulgar y tan lamentable superstición politicista, y he creído siempre que se puede hacer política, y política eficaz y honda, sin apuntarse en ninguno de los partidos con programa, bandera, jefatura, color y grito determinados. Me ha parecido siempre muy exacta la observación de Spencer de que él, desde fuera del Parlamento inglés, había contribuido al proceso legislativo de su patria tanto ó más que cualquier diputado, y así como ostimo que fué acaso un error de Joaquín Costa el de haber acabado afiliándose, siquiera muy condicionalmente, á un partido político, fué un acierto el de no haber llegado á ocupar su asiento en los escaños del Congreso, para lo que creo no había nacido. Su obra allí habría sido ineficacísima. Así como para otros muy sinceros y muy nobles patriotas, el lugar está allí.

He tenido siempre, además, un muy vigilante cuidado de no dejarme posar marca ó hierro de ganadería política alguna, conservándome becerro orcjano. O si se quiere, monje *sarabaita*, según la clasificación que de ellos, de los monjes, da en su primer capítulo la Regla de San Benito. O también un franco-tirador, según se me ha llamado. Y esto no por egoísmo, no sólo mirando á mí y á mis personales intereses, sino para la mayor eficacia so-

cial y pública de mi labor para salvar mi obra. Egoistamente, lo más probable es que me habría sido mejor seguir otro camino. Y si no lo he hecho, no ha sido por falta de ambición, sino acaso por exceso de ella. De ambición, entiéndase bien, no de codicia. Pues no me parece una cosa muy elevada llegar, no ya á ministro, mas ni siquiera á presidente del Consejo de ellos.

Varias veces se me ha querido ha-

cer cargos por mi conducta cuando aquello de mi discurso de la Zarzuela. De ello pienso tratar algún día y demostrar — así, como suena, demostrar, pues tengo testigos — que cuando salí de esta ciudad de Salamanca para ir á esa Villa y Corte á pronunciar aquel mi discurso, llevaba pensado todo, absolutamente todo lo que había de decir y dije, un programa bastante circunstanciado de ello, y que no omití nada, *absolutamente nada* de lo que me propuse de antemano declarar. Todo eso de que se ejerciera presión sobre mí, de que se me amenazara, de que obré bajo la acción de temores, es una pura leyenda. Lo digo y lo afirmo redondamente. Y si no di gusto á los que me llevaron, pensando que yo habría de decir otras cosas — cosas que ya había escrito y no era menester, por lo tanto, repetirlas allí, y entonces — hay que atribuir á muy otros motivos.

Y, entre ellos y sobre todo, y ante todo, á que quise defender mi independencia y la santa libertad de mi obra, de la que entiendo que es mi obra, y no dejarme esclavizar como caudillo

«¿Qué ocasión dejó usted escapar entonces! — se me ha dicho más de una vez y por más de un amigo —. Si se atreve usted entonces, se levanta usted de la noche á la mañana jefe de un poderoso movimiento político!» «¿Y quién le ha dicho á usted — he respondido — que ni entonces ni después, ni nunca, haya tenido yo esa pobre y mezquina ambicioncilla de hacerme jefe de movimiento ó de partido político alguno? Si mis intenciones hubiesen ido por ese camino, hace tiempo que me habría puesto en otra senda. No; nunca he pensado en semejante cosa, y no, ciertamente, lo repito, por falta de ambición.»

Aunque el número de gentes de alma de diputado provincial que apenas conciben otra ambición, fuera de la de hacer dinero, que la de llegar á ministro ó á presidente del Consejo, de ellos es, por desgracia, excesivo en España, hay muchos, sin embargo, que se explican que un ciudadano á quien

irlo





creen capaz, no falto de inteligencia y dotado de regular palabra, no sienta esas ambiciones. Pero lo atribuyen á egoísmo. Se creen que es por no tomarse las molestias ni sufrir los disgustos que la política al uso acarrea. Parece que no quieren comprender que

pueda renunciarse á esa ambición por otra ambición que se estima más alta.

Ciertamente, si cuando aquello de mi discurso de la Zarzuela, ó antes ó después de ello, hubiese yo hecho lo que esos amigos creen que debía, ó aun que debo hacer, es muy fácil que á estas horas me encont. ase de jefe de algún partido, ó por lo menos de primatado de él, y á un palmo, si es que no á un jeme, de alcanzar el Poder tan apetecido por muchos. Eso que llaman el Poder, y que no pocas veces no pasa de ser la impotencia. Y luego, desde él, desde el Poder, haría esto y lo otro y lo de más allá. Pero es que yo creo que lo que puedo y debo hacer en bien de mis prójimos, que son sobre todo mis lectores, y de mi patria misma, está en otro campo. Si hubiese hecho entonces cuando lo de la Zarzuela, lo que me dicen que debí haber hecho, no habría podido hacer luego lo que he hecho.

«¿Y qué ha hecho usted?»—se me dirá.—Y aquí está lo del cinismo, que decía ha de parecer á muchos hipocresía, en esto, en lo que creo haber hecho. Si entonces hubiese cuadriculado en la política pragmática, ingresando en un partido ya constituido ó constituyendo yo uno nuevo, me hubiese ganado el torbellino de ella y habría tenido que renunciar á todo lo que en otro campo he llevado á cabo. Y, francamente, todo lo que habría podido hacer ó desde la oposición ó desde el Poder no creo que hubiese valido nada, en eficacia íntima y duradera, junto á mi libro *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, ó junto á mi poema *El Cristo de Velázquez*, en el que estoy todavía trabajando.

Y ya está expresado de una vez, y creo que bien claro, mi pensamiento, que hará sonreír á los beocios y filisteos, á los políticos que no comprenden otra ambición que la de aspirar á jefe de una situación política y de un Gobierno. Y digo que esta confesión cínicamente parecerá á muchos hipócrita y se creerán que me queda otra dentro. Y es así. Lo que hay es que á los tales no les llega al alma, ni á la piel siquiera, lo que en aquel libro y en este poema digo.

Y el último fondo de todo ello es que esos hombres prácticos—así se creen al menos—y vivos que me aconsejan el que tome otro camino, están, á lo que parece, libres de la trágica pasión que en aquel mi libro analizo. Con tal de alcanzar el Poder y disfrutar de él y colocar á los amigos, les importa muy poco lo que de ellos se diga de aquí á cien, ó doscientos, ó acaso mil años. Estímulo, pues, petulancia, locura, orgullo, soberbia, lo que quieran, pero sepan que vivo libre de una de las más vulgares ambiciones españolas.

Miguel de Unamuno

lme

19

